

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

La Ilustración de los Niños

OFICINAS

Fuencarral, 3, principal
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.

SUMARIO

I. La instrucción pública.—II. Contra pereza, diligencia.—III. Calderón de la Barca.—IV. El zapatito de oro.—V. La navaja y el cuchillo.—VI. Embarque de Colón.—VII. ¿Quién más pobre?—VIII. Historia de Numancia.—IX. La pereza.—X. Lecciones familiares.—XI. A mis compañeros.

LA INSTRUCCION PÚBLICA

Hé aquí un título que todos acariamos de buen grado, porque comprendemos, sin gran esfuerzo de razón, que si el hombre ha de cumplir su deber en la tierra, si ha de permanecer en el lugar preferente que su Hacedor le diera, ha de empezar por instruirse.

Los pueblos salvajes nos dan triste ejemplo de esta verdad: gimen, bajo la opresión tiránica de la fuerza, sin derechos reconocidos y sin ninguna de las ventajas que la instrucción proporciona: hacen una vida inerte, sin complacencias, sin placeres, sin comodidades, sin goces.

Los pueblos instruidos regulan el ejercicio de sus derechos, evitan el privilegio y el monopolio, destruyen despóticas dominaciones, y con la sublime palanca del estudio, combaten los errores y se utilizan de los inventos que producen, saturando su organismo de riqueza y goces infinitos.

TOMO IV

Los primeros no tienen dominio más que en el suelo en que pisan, ni tienen energía, ni pueden allanar ningún obstáculo; carecen de honor y dignidad: los segundos, dominan el planeta habitable, recorren mares extensos, y con los destellos de la inteligencia, utilizan el vapor y la electrici-

dad; todos los innumerables productos del génio.

Por eso el pueblo más instruido es más rico, más floreciente, más poderoso.

Prusia, Inglaterra, Francia, Bélgica y Holanda en Europa: los Estados-Unidos en América, con sus gi-

gantes fábricas, fruto de la instrucción y del trabajo, se enseñorean por doquier, inundando con sus productos los mercados de ambos mundos.

Pero ¿cómo se desarrolla esa instrucción, base de la riqueza?

Conociéndose todos los ciudadanos cada uno á sí mismo; respetando unos los derechos de todos; no queriendo sacrificar la conveniencia de nadie por la propia conveniencia, y consagrándose al trabajo útil, cada uno en la medida de sus fuerzas y de su capacidad; es decir, con las buenas costumbres; pues la moral privada del hombre, que trasciende y se arraiga en todo un pueblo, engendra en los poderes hábitos de generosa y bien entendida libertad, y la acción libre y bien meditada de la administración pública, redunda siempre en provecho de los administrados,



SEÑORITA DOÑA ADELINA MARK

los educa y abre horizontes que los instruye.

Ciñéndonos al epígrafe con que encabezamos estas líneas, ¿por qué no hemos de decirlo? la llave, digámoslo así, de la instruccion pública está en manos de los hombres que, por sus merecimientos, están colocados hoy en el pináculo del poder. Felizmente son dos hombres igualmente aptos y activos: el primero, el señor ministro de Fomento, un eminente publicista, un fogoso orador, un diligente antiguo periodista, aleccionado en la escuela de los progresos humanos: el segundo, el señor director general del ramo de Instruccion, un profundo filósofo, un elegante y fácil lingüista y concienzudo catedrático, experimentado con sus frecuentes excursiones al extranjero en los medios eficaces para pagar la sávia bienhechora del saber: uno y otro dotados de vigorosa energía para ejecutar, é inclinados por temperamento y civismo á sembrar el bien. Ha llegado, pues, el momento crítico de que cese el marasmo que envolvía á la enseñanza en un caos de contradictorias disposiciones: ha llegado el momento de que cese la confusion que establecía el favoritismo, de que se respeten los derechos del profesorado, procurando rodearle de una prudente independencia y de que se proclame y reconozca que el sacerdocio del magisterio, es el más venerable y digno de todos los sacerdocios.

Pero para que estas ideas lleven el convencimiento más firme al ánimo de todos, es preciso que se tomen prontas y eficaces medidas desde el poder, á fin de que desaparezca el repugnante espectáculo de que un profesor tenga que buscar recursos en otra ocupacion que no sea la enseñanza; hay que retribuirlos y pagarlos bien, y atender con marcado espíritu de rectitud á la provision de las plazas, sin postergar á sabiendas el mérito de las ternas, sin conculcar ningún derecho, sin oscurecer la verdad en las oposiciones.

La justicia hará la enseñanza fecunda.

Reformas que abran dilatados horizontes al talento, que den garantías al profesorado y fácil acceso á las carreras, con un plan de estudios sin complicaciones ni trabas, y con la elec-

cion meditada de libros de texto, en cuanto á los establecimientos universitarios y escuelas públicas, la instruccion dará un paso gigante. Con el aumento de bibliotecas populares, con centros gratuitos de enseñanza, bajo el patrocinio del Estado, que puedan ser frecuentados de noche por los que durante el dia han de proporcionarse el sustento, y estableciendo premios, pero premios de positiva utilidad, como pensiones, libros de ciencias y artes, no hay que ponerlo en duda, la instruccion se hará extensiva á todas las clases y nos pondrá al nivel de los pueblos antes citados.

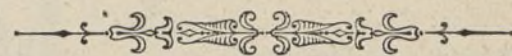
No somos nosotros, pues, los llamados á apuntar cuáles hayan de ser las demás reformas que han de conducirnos al bien apetecido: las relevantes cualidades, los reconocidos talentos, los antecedentes históricos de los señores ministro y director general de Instruccion pública por sí solos son garantía de acierto, y de ellos lo esperan todo con justicia, cuantos se interesan por la instruccion y prosperidad del pueblo español.

Pero vengan las reformas, y vengan pronto, para que, en el plazo más breve posible, se difunda la enseñanza, pues sólo entrando en el terreno odioso de las comparaciones, es como se puede comprender tan sentida necesidad.

Cuando contemplamos el abandono en que se encuentra la agricultura, que es nuestra principal riqueza, por falta de instruccion para explotar un suelo tan feraz como el de España; cuando meditamos el estado á que va quedando reducida la ganadería y las importantes sumas que empleamos en adquirir del extranjero latas de carnes y géneros de lanas españolas; cuando sacrificamos nuestros ahorros, pagando á precios elevados productos de la industria extranjera, cuyas primeras materias fueron exportadas de este país, privilegiado por la naturaleza, y por último, cuando leemos que nuestros primeros artistas para adquirir el crédito de tales han de ir á buscar el veredicto de los extraños, ó á establecerse lejos de su patria para hallar la justa recompensa que se tributa al mérito, el rubor asoma á nuestro rostro y nos hace exclamar en silencio, para no herir el sentimiento pátrio: ¡Dichosas las naciones que, bajo la

tutela de celosos poderes, alcanzan el mayor grado de instruccion!

JOSÉ NOVI Y PEREDA



CONTRA PEREZA, DILIGENCIA

A la puerta de un palacio
De grave y lujoso aspecto,
Llegó, limosna implorando,
En nombre de Dios, un viejo,
Que partía el corazón
Con su pedir lastimero.
Estaba triste, abatido,
Demacrado y macilento,
Y encubría en sus facciones
Un *no se qué* de misterio,
Que revelaba muy claro
Al más escaso talento,
Que quizá en dorada cuna
Fué mecido en otro tiempo
Aquel hombre, convertido
En misero pordiosero.
Súcios harapos cubrían
La desnudez de su cuerpo,
Que apoyaba con trabajo
Sobre un cayado de fresno,
Báculo de su vejez
De su pesar compañero.
Un caballero elegante
Salía con paso lento,
Del suntuoso palacio
Para pasear dispuesto.
Su penetrante mirada
Fijó sobre el pordiosero,
Que esperaba con afán
Una limosna.—¡Qué veo!
Dijo el magnate asombrado.
¿Estoy soñando? ¿No es cierto?
¿Es ese pobre mendigo
Aquel D. Juan Diaz Prieto,
Que era llamado en Sevilla
Por lo rico, el nuevo Crespo,
Que paseaba en carretela
Dorada? No, no lo creo.
—Creedlo, dijo con calma
El pobre; sí, caballero,
Yo soy aquel desgraciado
Que heredó de sus abuelos
Una cuantiosa fortuna,
Fruto de largos desvelos;
Yo soy aquel D. Juan Diaz
Rico en extremo, opulento,
Que al ocio siempre entregado,
Y al vicio su compañero,
Tal prisa se dió á gastar
En mentidos pasatiempos,
Que derrochó en pocos años
De millones medio ciento.
Yo soy aquel... más... por Dios,
Aunque digno de desprecio
Me contempleis, socorredme:
Más que culpable, fuí nécio.
Una moneda de plata
Luego recibió, diciendo:
—¡Dios premie vuestra bondad!
Gracias mil, buen caballero.
Y perdonad si os suplico
Que me digais ¿á quién debo...
Tanto favor?... ¿quién sois vos?

—Soy, buen viejo, Doroteo,
Aquel joven, que algun día
Sin padres y sin sustento
En vuestra casa encontró
Trabajo y pan...—¡Santo cielo!
¿Y habitais este palacio?
—Sois, por ventura, su dueño?
—Sí, soy; y merced á Dios
y á mi trabajo, os ofrezco
En él sustento y asilo;
Es fruto de mis desvelos
Y os suplico que acepteis...
—¡Oh! Nunca, nunca; no puedo...
De mi pereza en castigo
Debo sufrir los desprecios
De los hombres, mendigando
De puerta en puerta el sustento.
Gozad vos solo sin tasa
De vuestra virtud el premio;
Yo solo merezco ser
De todo el mundo el modelo
De lo que espera en la tierra
Al perezoso, que nécio
Hace mofa del trabajo.
Adios. Fuése, y Doroteo,
De dolor el alma herida,
Exclamó mirando al cielo:
—Gracias, Señor, yo bendigo
Vuestros designios eternos:
*Contra pereza, no hay duda,
Diligencia; bien lo vemos.*

ANDRÉS CASADO

CALDERON DE LA BARCA

En todas las naciones civilizadas se ha despertado, de poco tiempo á esta parte, el entusiasta deseo de honrar la memoria de sus hombres más ilustres.

Esta idea, que parece súbita, repentina, de última hora, no es, como parecer pudiera, una ráfaga luminosa, sin vida ni consistencia nacida al acaso, hija tal vez de imaginación calenturienta; no, es, por el contrario, un reflejo espontáneo de ese fuego sagrado que Dios ha encendido con miras providenciales en el corazón de todas las criaturas que tienen alma, que tienen conciencia de lo que son; que son responsables de sus actos.

La humanidad, diseminada cual la arena del desierto ante la furia del Simón, vive y siente en todos los confines de la miserable corteza de tierra que la sustenta, pero á pesar de las remotas distancias y de los climas antitéticos, es una, sabe por intuición, que está llamada á realizar la ley de la armonía que todo lo rige en la Naturaleza.

Los pueblos todos que habitan la superficie del globo, se hallan impulsados hacia adelante por una tendencia irresistible: la ley del progreso.

Bajo esas fuerzas productoras que transforman constantemente la faz del mundo, se advinan, más que la aspiración al bienestar, los inmensos factores que impelen al hombre á estrechar relaciones con su semejante, para llegar un día á ser el soberano de la Creación.

Por eso las generaciones tienen ideales, y cumplen leyes inmutables que se desarrollan en la historia á la manera que en los misteriosos é insondables espacios de lo infinito esparcen los rayos de su luz esos astros gigantes, á cuyo lado nuestro planeta es un pigmeo.

Cuando una nación ama á sus grandes hombres, es porque palpita en ella la esencia de sus destinos.

Un génio, una de esas eminentes figuras que á modo de estrellas volantes cruzan rápidas y esplendorosas por el campo de la vida, no es más que la encarnación de las aspiraciones de un pueblo, una idea en forma humana, un destello de la divinidad que esclarece las tinieblas del entendimiento social en ciertos periodos de su existencia.

Esta es la causa de por qué Calderon de la Barca causa en España tanto entusiasmo.



DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

Calderon de la Barca es la gigantesca idea que apenas ha empezado á desenvolverse en las agitadas revueltas del espíritu; éste sabe que su naturaleza es superior á la de la materia; no ignora que su destino está muy por encima del de los átomos y moléculas que se mecen en el espacio y pueblan los recintos del Universo; adivina que algun día se ha de ver libre de la odiosa cárcel, de su vestidura corpórea, y, sin embargo, ha vivido siempre aletargado por el mefítico aroma de los placeres, soñando en fiebre delirante con descabelladas ilusiones de ventura que nunca se realizan, que jamás pueden llegar á tener vida, porque son tan imposibles como la negación del Infinito.

Pero llega Calderon y lanza una estridente carcajada, tras la cual se vislumbra la punzante ironía del hombre que sabe profundamente las contrariedades de la existencia, que ha experimentado sus sinsabores, que ha libado en

la copa del dolor toda la amarga realidad que encierran los reveses de la fortuna y los punzantes agujones de la desgracia, y en *La vida es sueño*, demuestra lo efímero de la felicidad terrena, lo utópico de sus conceptos de grandeza, bienestar y poderío.

Calderon, desde aquel día, no es ya el nombre de un individuo de la sociedad española; es un poema de belleza, una concepción titánica de la vida racional, una nación, una raza, la humanidad entera.

Así que, los españoles, al tributarle los honores debidos á su génio, damos un paso gigante hacia el progreso, hacia el perfeccionamiento, hacia la unidad, en fin, de la desdichada familia que gime á las puertas del Paraíso, esperando que llegue la hora de su completa regeneración.

Porque todos le debemos una sublime enseñanza, una inolvidable doctrina, que es la única que se conforma con el modo de ser de nuestra alma.

Apresurémonos, pues, á contribuir á honrar la memoria de Calderon de la Barca, porque á ello estamos obligados como españoles, como hombres, como miembros de la raza latina, que está más directamente enlazada que otra alguna con el insigne maestro.

Por fortuna el llamamiento hecho por la Asociación de Escritores y Artistas ha hallado eco en toda la Península; todas, completamente todas las corporaciones científicas, literarias y artísticas de nuestra patria, se aprestan á rendir el 26 de Mayo su tributo de admiración al eminente dramaturgo del siglo diez y siete.

Nosotros, por nuestra parte, poseídos del más ardiente fuego del entusiasmo por nuestras glorias nacionales, nos creemos en el deber de inculcar en el espíritu de la juventud un amor inextinguible hacia ese génio eminente, cuyos vivos resplandores llegan hoy hasta las más dilatadas regiones.

Desde las columnas de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, somos eco fiel del deseo que anima á todos los amantes de las grandezas patrias. Calderon es España, y *La vida es sueño* es la Biblia del corazón; al venerar al insigne vate, nos hacemos dignos de pertenecer á una raza que, en siglos pasados, fué señora del mundo por la fuerza de la espada y que hoy está llamada á ser el regulador de los intereses opuestos que se agitan en los extremos del mundo.

El lápiz de Capúz ha honrado nuestra publicación con el dibujo del busto de Calderon de la Barca. Nuestras aspiraciones se verán satisfechas el día que hayamos contribuido á levantar el edificio de la apoteosis de aquel génio inmortal que, á los doscientos años de bajar al sepulcro, ha logrado electrizar y poner en conmoción las delicadas fibras del orgullo patrio de que nos hallamos poseídos los hijos del bendito suelo que, encadenado al resto del mundo por los Pirineos, apenas tiene bastante para contener su gloria la inmensidad de dos Océanos.

JOSE MARÍA MEDINA

LECCIONES AMARGAS

Bramaba el viento agitado,
cuando subian á un cerro
un padre en su hijo apoyado,
y detrás de ambos un perro.

Y con mortal pesadumbre
el viejo, desfallecido,
cayó exánime en la cumbre
entre la nieve aterido.

Y—marcha,—al jóven le dijo,—
no encuentres cual yo la muerte.
—Pues, adios,—contestó el hijo,
y huyó temiendo igual suerte.

Mas desde un monte cercano,
libre ya de todo empeño,
vió... que más fiel el alano
quedó á morir con su dueño.

R. DE CAMPOAMOR

EL ZAPATITO DE ORO

(CONCLUSION.)

El jovencillo lo besó, entonó una fervorosa oración de gracias, y, saliendo lleno de alegría de la iglesia, corrió á casa de un platero.

Era éste un viejo mercader, que auxiliado por unas enormes antiparras verdes, tomó el zapato, lo miró, lo examinó, lo dejó sobre el mostrador, lo volvió á examinar de nuevo, y por último, arrojándose sobre el jovencillo, gritó con voz estridente:

—¡Ladron! ¡infame! ¡sacrilego!

Detuviéronse los transeúntes, formaron círculo, se arremolinaron, acudió la fuerza armada, sobrevino el burgomaestre, y el presunto reo, escupido y abofeteado, se vió conducido á la cárcel pública como el último de los malhechores.

Instruyóse apresuradamente el proceso, y se falló, condenándole á muerte.

Aún no habian transcurrido seis dias desde aquel acontecimiento funesto, cuando una mañana las campanas empezaron á doblar tristemente; resonaron en las calles los salmos penitenciales, entonados por los monjes, y entre dos filas de soldados y multitud de pueblo, el supuesto reo se encaminó al patíbulo.

Estaba pálido, pero tranquilo; era dulce su mirada; dulce é inefable su sonrisa.

Sus cabellos de oro formaban una aureola sobre su pura frente.

Las mujeres, al verle, prorumpieron en gemidos dolorosos; los hombres volvieron el rostro para ocultar sus lágrimas.

Cerca llegaba ya el infeliz del lugar de su suplicio, cuando una mujer, pálida, desgredada, delirante, se abrió paso por entre la multitud y corrió á arrojarle á sus plantas.

Era María.

—¡Oh, hijo mio, hijo de mi vida! gritó juntando las manos sobre el pecho; ¡tú, á quien yo he educado para el bien, dime ¡ah! dime que no has cometido el sacrilego delito!

—¡Santa Cecilia me habia prometido un milagro y lo ha hecho! respondió con tono dulcísimo Gotardo. No lloreis, tierna madre

mia: este milagro que yo la pedí para poder allegar recursos, con los cuales ir á buscar á mi padre sobre la tierra, me conducirá á buscarle entre los santos del cielo. Sin embargo, una voz interior me dice que si me fuese posible entonar un postrer himno ante el altar de Santa Cecilia, moriria consolado...

—¡Que se le conceda! ¡que se le conceda! gritó la multitud conmovida.

—¡Sí! dijo el burgomaestre, pesaroso ya de haber dictado la fatal sentencia.

Condujéronle á la iglesia, y los monjes, obedeciendo á un secreto impulso, encendieron los mil cirios, cuya luz se centuplicaba reflejándose en las molduras de oro y plata, y arrojaron en los incensarios mirra é incienso, que despidieron nubes de suavísimo perfume.

Entonces Gotardo empezó á cantar. Su bello rostro, trasfigurado por el amor y la fé, parecia no pertenecer ya al mundo. Con las manos juntas sobre el pecho y los ojos fijos en la santa efigie, entonó un himno dulce y armonioso como nunca jamás se volverá á oír modular sobre la tierra.

Pueblo y sacerdotes callaban, absortos por aquella música celeste.

De pronto la Santa pareció moverse: sus pupilas de piedra se animaron; sus lábios dejaron escapar algunos sonidos misteriosos.

Después sacudió el pé, y el segundo zapato cayó en las manos de Gotardo.

—¡Milagro! ¡milagro! gritaron cien voces á un tiempo.

—¡Milagro! ¡milagro! exclamó María! ¡Mi hijo es inocente! ¡Mi hijo está salvado!

Los pasados denuestos se truecan en bendiciones. La multitud se precipita hácia el jovencillo, rompe sus cadenas, besa sus plantas y le adora como á un espíritu elegido.

Aquel día fué un día de inmenso júbilo para los habitantes del pueblo: llenáronse de flores las calles, tocaron á vuelo las campanas, y por todas partes resonaron los ecos de músicas festivas, unidos á los gritos de fervido entusiasmo.

Gotardo, tranquilo en medio de su triunfo, como lo habia estado en medio de su desventura, recibió de los monjes el valor de las dádivas del cielo, se despidió por segunda vez de su madre y partió en busca del querido autor de su existencia.

Mas ¡ay! la corona de espinas de María no estaba aún completa.

Muchas veces la primavera cubrió el campo de flores; muchas veces lo cubrió de nieves el aterido invierno, y Gotardo no volvía.

La infeliz madre, al retirarse á su estancia por las noches, rezaba una fúnebre oración por su esposo y por su hijo.

Pero un día descendió de los altos montes un tropel de guerreros, cubiertos de extrañas armaduras, y que llevaban armas desconocidas.

Todos los habitantes de la población acudieron á verlos.

También acudió María; pero así que los vió, dió un grito y cayó sin sentido entre los brazos de sus compañeras.

En medio de aquellos guerreros habia reconocido á su esposo; habia reconocido á su hijo

En efecto, los azares de la guerra habian elevado á Beltran al trono de una comarca indiana.

Gotardo, peregrinando de aldea en aldea, de ciudad en ciudad, de córte en córte, llegó á la de su padre.

Su padre, distraído con los cuidados de su nueva grandeza, no habia olvidado sin embargo á su familia. Su corazón se conmovió al oír el himno de Santa Cecilia, reconoció á su hijo, le abrió los brazos y partió con él para reemplazar con una corona de oro la corona de espinas de María.

La venturosa familia, reunida otra vez por medios tan portentosos, permaneció algunos dias en la población sembrando beneficios, y partió, recibiendo bendiciones.

Es inútil decir que Santa Cecilia tuvo unos nuevos zapatos de oro, tachonados de pedrería.

Desde entónces, y en memoria del milagro, el músico más pobre está seguro de hallar allí una buena acogida, y el mismo burgomaestre le da hospitalidad en su propia casa, obsequiándole con un festín espléndido.

Desde entónces también, las madres repiten á sus pequeñuelos: *Amad y venerad á los autores de vuestra existencia como los amó y veneró Gotardo, que nunca la proteccion del cielo falta á quien es buen hijo.*

ANGELA GRASSI DE CUENCA

LA NAVAJA Y EL CUCHILLO

La navaja en el bolsillo
y el cuchillo en el cajon,
cada cual en su incumbencia
están, segun es razon.

Pero á veces se entromete
la navaja con afan,
y en vez del cuchillo, entónces,
se pone á migar el pan.

Así tambien sus pinitos
hace el cuchillo á la vez,
y suele afilar un lápiz
y cosas de este jaez.

Resulta que estos oficios
desempeñan ambos mal,
y en su sitio de costumbre
no están para lo esencial.

Y rabia la cocinera
si el cuchillo es desertor,
como al buscar su navaja
rabia tambien el señor.

De aquí se deduce ahora
lo que se debe de hacer:
*Cada cosa esté en su sitio
cumpliendo con su deber.*

ALFONSO E. OLLERO

EMBARQUE DE COLON

Hé aquí un pensamiento que habrá de embargar siempre la imaginación de todos los hombres de ciencia, y cuyo recuerdo no puede desasirse del corazón de los españoles.

Los siglos, con su inmenso poder, no lograrán aquilatar la grandeza de ese hecho memorable, ni conseguirán borrar de la historia el nombre, mil veces ilustre, del eminente geógrafo, del atrevido navegante genovés.

El grabado, que representa ese gran acon-

tecimiento histórico, copia del lienzo que existe en el Museo Nacional, debido al verídico pincel del inmortal Balaca, es todo un poema. Basta contemplar el conjunto para recordar, de una sola ojeada, toda la entereza, toda la resignación, todo el cúmulo de dificultades y de sacrificios que tuvo que arrostrar Colon antes de llevar á cabo su primera expedición á través del Océano, y toda la gallardía, todo el talento y todo el desinterés que atesoraba en su alma nobilísima la magnánima y generosa Isabel I de Castilla. En sus detalles se refleja el entusiasmo de los navegantes y el regocijo del pueblo, y en la

actitud de Colon parece como que se adivina el triunfo, pues quiere con los brazos dominar ambos continentes: desde el modesto puerto de Palos, hasta sus soñados dominios del Nuevo Mundo.

Véanse además, trazadas por líneas purísimas, maravillas de los adelantos científicos y objetos no menos bellos que deleitan la materia y trasportan el espíritu. La inmensidad de un horizonte puro y diáfano; la majestad no menos inmensa de las rizadas aguas; la risueña campiña de los contornos; los aparejos y despojos de los barcos, áncoras y palanquines, cuerdas y velas.



EMBARQUE DE CRISTÓBAL COLON EN EL PUERTO DE PALOS

El bajel de Colon se columpia majestuoso sobre su resbaladiza base, y entre el clamor inmenso de un pueblo henchido de entusiasmo, se hace á la mar, enviando á los espectadores fraternal saludo.

Colon y un puñado de valientes desaparecen á la vista de los observadores: el uno animoso y satisfecho de sus primeros triunfos y confiado en los principios severos de la ciencia; los otros haciendo justicia á los talentos de Colon, comentando la grandeza del pensamiento y bendiciendo á la católica Isabel.

«Locura sin igual,» dicen los pueblos que desoyeron las pretensiones del genovés, y

acusan de temeraria y codiciosa á la reina de Castilla. Pero ésta y su pueblo presentían su destino del porvenir, y acusaban á su vez de ignorantes é irresolutos á aquellos que tuvieron ocasión propicia para aspirar á su futura gloria.

Colon, pues, navegaba por el Océano, explicando á su tripulación las latitudes del ignorado mundo; y meditando á solas, hacia observaciones geológicas; apreciaba la vegetación del litoral, y en su fantasía de fuego, veía las rocas cristalinas, las derivadas de toba, las de origen ígneo, con sus colores naturales, según la influencia que debía

ejercer sobre ellas la acción del trópico.

Porque Colon no era tan sólo un eminente geólogo, sino que era un profundo naturalista y dominaba, como pocos, las ciencias exactas.

Y el entusiasmo no decaía entre los navegantes, ni la subordinación se quebrantó un momento, aunque los rudos temporales hicieron varias veces zozobrar al bajel, hasta que, encontrándose á cierta altura y sin auxilio alguno humano, comenzaron á escasear los víveres. Entonces, sí, aquellos que habían desafiado, llenos de valor, las impetuosas olas, comenzaron á relajar la disci-

plina, desobedeciendo, hasta en los momentos de peligro, las voces de mando de su jefe, y aún á la presencia del venerable semblante de Colon profirieron gritos subversivos é hicieron ademanes que demostraban una completa rebelion.

Pero el ánimo resuelto del anciano y los temores de arriesgar el todo, cuando, segun las promesas de Colon, faltarian cuarenta y ocho horas para arribar á tierra, mitigó á los descontentos, siquiera fuera aparentemente, y aunque llenos de angustia y desconfianzas, siguieron navegando recelosos, repartiendo los víveres para los dos dias que restaban de viaje. Y, en efecto, al amanecer del dia siguiente, la vista escrutadora del sábio genovés descubrió, mirando á occidente, un pequeño punto que calculaba ser tierra, y que por un fenómeno atmosférico parecia inmediato al azulado cielo.

¡Tierra! exclamó señalando con visible emocion al objeto de sus investigaciones, y, penetrados todos de la verdad del descubrimiento, elevaron sentida plegaria al Dios de los cristianos.

Entre tanto, la reina de Castilla mortificaba su alma con las dudas y las sonrisas de algunos de sus cortesanos, pero sin perder un solo átomo de las esperanzas que Colon la hiciera concebir. Y, efectivamente, cuando Isabel I experimentaba esta mortificacion, Colon pisaba la Isla dominicana. El pequeño bajel, que representa el grabado objeto de este artículo, habia cruzado el gran Atlántico por vez primera, dando á la corona de Castilla el florón glorioso de haber descubierto un nuevo mundo.

Desde entonces, los nombres de Isabel la Católica y Colon llenan los ámbitos de toda la tierra en alas de la inmortalidad.

VICENTE D. BORDANOVA



¿QUIÉN MÁS POBRE?

DOLORA

I

Tendiendo á todos su temblona mano,
con apagada voz,
así exclamaba un viejo:—¡Una limosna
por el amor de Dios!...
Y la gente pasaba distraida
sin el ruego escuchar
de aquel anciano, ¡que pedía sólo
un pedazo de pan!

II

En una sala de un lujoso círculo,
de una mesa alrededor,
mucha gente se mira, conteniendo
el aliento y la voz.
Rompe el silencio un—¡sota!—luego se oye
murmullo general.
—¡Debe cien duros!—uno de ellos dice,
y otro —¡juego cien más!
.....
Y allá en la puerta del Casino, en tanto,
se oye la débil voz
del anciano, que dice:—¡Una limosna
por el amor de Dios!

III

Casi al amanecer, silbando un jóven
por el portal pasó,
y el anciano le dijo:—¡Una limosna
por el amor de Dios!
Paróse aquel; soltó una carcajada,
y exclamó:—¡Quite allá
el pobre que mendiga, y deje paso
al pobre de verdad!

ALBERTO D. DE LA QUINTANA



HISTORIA DE NUMANCIA

(Conclusion)

Mancino pidió la paz. No faltaba generosidad á los de Numancia para otorgarla, á pesar de no haber recibido de Roma sino deslealtades y agravios; más recordando ejemplos de otro pueblo, tampoco quisieron ahora ajustar tratos sin la intervencion del cuestor Tiberio Graco, acordándose de la exactitud con que su padre habia hecho ratificar otra paz en el Senado. Vino en ello el cuestor y concertóse que Numancia seria para siempre ciudad independiente y libre, y que el ejército romano entregaria á los numantinos todo el bagaje, máquinas de guerra, alhajas de oro y plata y demás objetos preciosos que poseia; único medio de salvar las vidas á más de 20.000 hombres que el hambre tenia reducidos al postrer apuro.

Pareció muy bien esta paz al consternado y desfallecido ejército; no así al Senado, que comprendió todo el baldon que tan afrentoso tratado echaba sobre la república; y como los Padres Conscriptos estaban lejos del peligro y no los amenazaba la miseria, importábales poco que pereziesen 20.000 guerreros romanos, con tal que no se dijese que el pueblo más poderoso del mundo se humillaba á recibir la ley de un puñado de montañeses españoles. Rompióse, pues, el pacto como injurioso ó indigno, sin que valieran al cuestor Graco sus esfuerzos porque se cumpliese lo tratado, y por demostrar la necesidad crítica en que se habia hecho.

Cierto que la odiosidad del pueblo romano cayó toda sobre el desgraciado Mancino, á quien se condenó á ser entregado á los de Numancia, desnudo y atado de piés y manos. Inútiles fueron, tambien, los buenos oficios de Graco para salvar al cónsul de tan vergonzoso castigo.

El desventurado Mancino sufrió la afrenta de ser colocado en aquella actitud á las puertas de Numancia, donde permaneció todo un dia desahuciado de sus conciudadanos y no admitido por los enemigos. Porque los generosos numantinos, no creyendo aquella suficiente satisfaccion del rompimiento del tratado, ni queriendo vengarse en un inocente desarmado y desnudo, ultrajado por la altivez de su ingrata patria, rehusaron admitirle. Lo que ellos pedian era, ó que lo pactado se cumpliese, ó que se repusieran las cosas en el ser y estado que tenian cuando se hizo el ajuste entregándoles los 20.000 hombres que tuvieron la generosidad de perdonar. La peticion

era justa á todas luces, pero se la hacian á Roma.

Llevaba ya Numancia vencidos tres cónsules en tres años y celebrados dos tratados de paz, cuando vino Emilio Lépidio en reemplazo de Mancino (137). Bajo el pretesto de que habian abastecido á los numantinos durante la guerra, acometió este cónsul á los vaccéos y puso sitio á Palencia. Ya los palentinos le habian forzado á levantarle; pero no contentos con esto hicieron, sin ser sentidos, una irrupcion en su campo, y le mataron hasta 6.000 hombres. Dos legados de Roma vinieron á intimarle que dejara á los vaccéos y atendiera á Numancia; pero la ciudad vió pasar un consulado más y Roma vió regresar de España otro cónsul, sin haber ganado más mérito que la derrota de Palencia y las estafas de que fué públicamente acusado.

Reemplazóle Lúcio Furio Philon (136), que no hizo otra cosa que ejecutar el castigo de Mancino, indisponer con él á sus soldados, contemplar á Numancia y poder decir en Roma, que habia visto una ciudad y no se habia atrevido á acometerla.

Calpurnio Pison, que vino despues (135), tuvo á bien retirarse á invernar en la Carpetania, y fué testigo de cómo habia ido relajándose la disciplina del ejército romano, si es que él mismo no contribuyó á acabar de romperla.

Roma, la soberbia Roma, llamaba ya á Numancia *el terror de la República*: los ciudadanos casi no osaban pronunciar su nombre, Abochornábala que una pequeña ciudad de la Celtiberia estuviera tantos años desafiando á la capital del mundo. Con indignacion más que con dolor veia cómo iban quedando enterradas aquí sus legiones, cómo se estrellaban aquí sus cónsules y sus generales.

Ya no encontró otro que creyese fuese capaz de domar esta ciudad heroica que el que habia destruido á Cartago. Por dos veces se confirió á Escipion Emiliano el consulado, sin pretenderlo; una para que fuese á destruir á Cartago; otra para que viniese á destruir á Numancia, las dos ciudades, como observó Ciceron, más enemigas de Roma. Pero la una habia sido una poblacion de 700.000 habitantes, la otra apenas contaria ya en su recinto 4 ó 6.000 defensores.

Trajo el africano consigo 4.000 voluntarios (134), entre los cuales formó un cuerpo de 500 hombres pertenecientes á familias distinguidas, especie de guardia de honor, que se nombró la *Cohorte de los amigos*. Halló Escipion el ejército de España viciado en extremo y corrompido. Dedicóse el ilustre general á reformar la disciplina y á moralizarle. Y para ir fogueando sus tropas, quiso ensayarlas en más fáciles empresas (que todo lo creia necesario antes de comenzar la conquista de la indómita ciudad), haciendo algunas correrías por el país de los vaccéos.

Pasada así la mayor parte del invierno, volvió á los alrededores de Numancia. Observando los numantinos que los romanos se corrian á forrajear hácia una pequeña aldea ceñida de peñascos, emboscáronse algunos detrás de aquellos naturales atrincheramientos. Hubie-

ran perecido los forrajeadores que por aquellas partes andaban, si el hábil y previsor general no hubiera destacado allí hasta 3.000 caballos, por lo que los numantinos tuvieron la cordura de replegarse á la ciudad. Gran contento y maravilla causó á los soldados romanos esta retirada; como un prodigio se **pr**egonó la nueva de haber visto una vez las espaldas á los numantinos.

Llegada, en fin, la primavera (133), formalizó Escipion el sitio de Numancia con un ejército de 60.000 combatientes, disciplinados ya á su gusto. ¡Y todavía el poderoso romano esquivaba la batalla con que, en su desesperado arrojo, le provocaban muchas veces los numantinos! Nada bastaba á hacer variar de propósito al prudente capitán que, decidido á rendir á los sitiados por hambre, hizo circunvalar la ciudad, comprendiendo en la línea la colina en que estaba situada. Fosos, vallados, fortalezas y torres, no quedó obra de defensa que no se destruyera; y para que por el río no les entraran provisiones á los cercados, atravesóse por todo su ancho una cadena de gruesas bigas, erizadas de puertas de hierro, en tal forma, que no solo las barcas, pero ni los nadadores y buzos, podían pasar sin evidente riesgo de clavarse en las aferradas puntas de las estacas. Saeteros y honderos guarnecían las torres á más de las balistas, catapultas y otras máquinas é ingenios. Velaban los vigías de día y noche, y al menor movimiento se avisaba el peligro por medio de señales convenidas, y al punto se acudía al lugar amenazado.

Mucho, aunque en vano, trabajaron los numantinos por impedir estas obras, que de cierto no hubieran sido mayores las que hubiera podido emplear Annibal para conquistar á la misma Roma. Penetráronse ya de que no les quedaba más alternativa que la de perecer de hambre ó morir matando, porque rendirse no era cosa que cupiera en el ánimo de aquellos hombres independientes y fieros.

Hubo entre ellos uno de tan grande osadía y arrojo (Retógenes Caraunio, nos dice Apiano que se llamaba), que con cuatro de sus conciudadanos se atrevió á escalar las fortificaciones romanas, y degollando cuantos enemigos quisieron estorbarles el paso, franquearon la línea de circunvalación estos cinco valientes y dirigieron á pedir auxilios á sus vecinos de las otras ciudades de la Areva. Hízoles el bravo Retógenes una enérgica y animada pintura de la angustia en que se encontraba Numancia, recordándoles la infamia y deslealtad de los romanos en solemnes ocasiones y la esclavitud que aguardaba á todo el país si Numancia sucumbía, concluyendo por conjurarles que diesen ayuda y socorro á los numantinos, sus antiguos aliados. Y como algunos de ellos, movidos por su discurso, vertiesen lágrimas, *no lágrimas*, les dijo, *brazos es lo que necesitamos y os venimos á pedir*.

Pero una sola ciudad, *Lutia*, fué la que se atrevió á arrostrar el enojo de los romanos y la única que, sin tener en cuenta las calamidades que podía atraerse sobre sí, no se contentó con un inútil lloro, sino que se aprestó á sacrificarse por su antigua amiga. Sacrificio

fué, por desgracia, más loable que provechoso, porque avisado de ello Escipion oportunamente, púsose apresuradamente sobre la ciudad generosa, y haciendo que le fuesen entregados 400 jóvenes, con la crueldad más refinada, les hizo cortar á todos las manos.

Con esto acabó toda la esperanza para los infelices numantinos. A la madrugada siguiente estaba ya otra vez Escipion sobre Numancia.

Todavía los sitiados tentaron enviar un mensaje á Escipion. Admitido á la presencia del cónsul: «¿Has visto alguna vez, oh Escipion, le dijo Aluro, el jefe de los legados, hombres tan bravos, tan resueltos, tan constantes como los numantinos? Pues bien; estos mismos hombres son los que vienen á confesarse vencidos en tu presencia. ¿Qué más honor para tí que la gloria de haberlos vencido? En cuanto á nosotros, no sobreviviríamos á nuestra desgracia si no miráramos que rendimos las armas á un capitán como tú. Imponnos condiciones que podamos admitir con honor; pero no nos destruyas. Si rehusas la vida á los que te la piden, sabrán morir combatiendo; si esquivas el combate, sabrán hundir en sus pechos los propios aceros, antes que dejarse degollar por tus soldados. Ten corazón de hombre, Escipion, y que tu nombre no se afee con una mancha de sangre.» A tan enérgico y razonado discurso contestó Escipion con helada frialdad que no le era posible entrar en tratos, mientras no depusiesen las armas y se entregasen á discreción.

Acabó tan desdeñosa y bárbara respuesta de exasperar á los numantinos que, pesarosos ya y abochornados de haber dado aquel paso, buscando en quien desahogar su rabia, hicieron víctimas de su desesperación á los enviados que habían tenido la desgracia de volver con tan fatal nueva. Cegábalos ya la cólera. Hombres y mujeres se resolvieron á vender caras sus vidas, y aunque estenuados ya por el hambre, vigorizados con una bebida fermentada que usaban en los combates (1), salen impetuosamente de la ciudad, llegan al pie de las fortificaciones romanas, y con frenéticos gritos excitan á los enemigos á pelear. ¿Pero qué podían ya unos pocos millares de hombres enflaquecidos, contra un ejército entero, numeroso y descansado? Innumerables fuerzas acudieron á rechazar á aquellos espectros; muchos murieron matando, otros volvieron todavía á la ciudad. Pero las subsistencias estaban agotadas: nada tenían que comer; los muertos servían de sustento á los vivos, y los fuertes prolongaban algunos momentos á costa de los débiles una existencia congojosa; la desesperación ahogaba la voz de la humanidad, y aún así la muerte venía con más lentitud que la que ellos podían sufrir. Para apresurarla recurrieron al tósigo, al incendio, á sus propias espadas, á todos los medios de morir; padres, hijos, esposas, ó se degollaban mutuamente, ó se arrojaban juntos á las hogueras: todo era allí sangre y horror;

(1) La bebida con que se enardecían era la *céltia*, que se componía de trigo mojado y seco después al sol, y un licor que debía ser producto extraído de alguna yerba ponzoñosa.

todo incendio y ruinas; todo agonía y lastimosa tragedia. ¡Cadáveres, fuego y cenizas fué lo que halló Escipion en la ciudad! y aún tuvo la cruel flaqueza de mandar arrasar las pocas casas que el fuego no había acabado de consumir.

Tal fué el horrible y glorioso remate de aquel pueblo de héroes, de aquella ciudad indómita que por tantos años hizo temblar á la nación más poderosa de la tierra, que aniquiló tantos ejércitos, que humilló tantos cónsules y que una vez pudo ser vencida, pero jamás subyugada. Sus hijos perdieron antes su vida que la libertad.

El destructor de Numancia añadió al título de *Africano* el de *Numantino*, y triunfó en Roma, donde no hubo una voz que le acusara de injusto y de cruel.

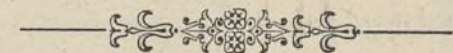
Cayó Numancia, y las pocas ciudades vecinas que esperaban con ansiedad saber el resultado de sus esfuerzos, se fueron sometiendo á las vencedoras águilas romanas.

La situación de Numancia, tan llena de palpitantes recuerdos de veneración y cariño para los españoles, no podía ménos de traer nuevos pobladores. Probablemente fué restaurada por los habitantes de sus aldeas vecinas que, no habiéndose encerrado en ella, se salvaron de la catástrofe.

Su existencia posterior está confirmada con diversas pruebas. Sus ruinas patentizan que alcanzó el bajo imperio; Mela la cita como una de las ciudades más clarísimas é ilustres de la España Tarraconense, y Plinio, como hemos visto, la cuenta entre las ciudades pelenonas adjudicadas por los romanos en lo civil y contencioso al convento jurídico de Clunia. El *Anónimo* de Rávena la da como existente en el siglo VII.

Mas sin duda la nueva ciudad, bajo el destino que parece ser propio de todas las poblaciones erigidas sobre las ruinas de aquellas que han admirado en otro tiempo al mundo, ó no llegó nunca á desarrollarse y sucumbió por fin á la única acción del tiempo, ó lo que es más probable, fué destruida en las guerras con los árabes que tanto trabajaron este país.

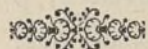
A....



LA PEREZA

Del trabajo rival encarnizado
que en sus garras oprime al negligente,
y oprimiéndole siempre dulcemente
le tiene en su poder galvanizado.
Que á su víctima siempre está agarrado
cual el crimen se aferra al inocente;
cual vela la inocencia al delincuente;
cual el llanto acompaña al desgraciado.
Huya siempre de mí vicio tamaño;
que en sus mallas jamás llegue á enredarme,
que encerrando en su seno tanto daño
si llego, desdichado, á ilusionarme
con los placeres que su sér procura,
por siempre lloraré mi desventura.

UBALDO



LECCIONES FAMILIARES,

POR

D. TEODORO GUERRERO

VI

LA BONDAD

A LEOPOLDO

Al inclinar la cabeza sobre la cuna para verte la cara, se han contraído ligeramente tus facciones, y la más pura de las sonrisas se ha dibujado en tus labios: así deben sonreír los ángeles en el cielo. En esa sonrisa no hay estudio, y se adivina la ausencia de la falsedad en un alma virgen de toda profanación.

—Hé ahí el retrato de la bondad.

Cuatro meses hace que viste la primera luz, y hoy no eres más que un enigma, desconocido para el mismo que te engendró; hoy no eres más que un problema que el porvenir resolverá. ¡Lloras y ries? Pero ¡ay! ese llanto y esa risa son como las nubes de verano, que se forman y se desvanecen de repente sin causar grandes trastornos. ¡Dichoso tú que ries, sin acordarte de las lágrimas que están siempre derramándose del corazón! ¡Dichoso tú, que lloras sin que lo sepa tu alma! ¡Qué ventura tan grande! ¡Igualar el dolor con el placer! ¡Fundir la risa con las lágrimas!

¿Quién pudiera, hijo del alma mía, perpetuar en tu rostro ese aspecto de bondad que cautiva? ¿Qué feliz serías entonces en el mundo! La bondad no produce emulaciones, siembra beneficios y perdona las ingratitudes. ¡Qué caracteres tan hermosos!

Hoy nadie envidia tu belleza; todos te aman, y no hay una mano que no se tienda para socorrerte, para enjugar esas lágrimas, que no son más que simples expresiones de afectos desconocidos, agentes de una lengua que no sabe significar con palabras sus deseos. La simpatía universal es patrimonio de la bondad, y la bondad está retratada en tu rostro infantil.

Mañana llegará la razón á alumbrar tu inteligencia, y tus facciones se contraerán en las grandes luchas con los sentimientos; y llegarán después las pasiones á robarte esa sonrisa de ángel, dando intención á tus labios y movimientos estudiados á tus ojos. ¡Ay! ¡cómo lamentarás entonces la pérdida de la tranquilidad que hoy disfrutas con la ignorancia del candor!

La bondad es el realce de la hermosura. Cuando el primer rayo de la luz del sentimiento produzca en tu alma la viva llama de las pasiones, estudia la manera de conservar aquel relieve, valiéndote de esfuerzos que dominan el impulso de esas pasiones; con la bondad triunfarás de la envidia, el peor de los enemigos personales. Procura aparecer inferior á todos, y todos te alabarán; el que se levanta una línea sobre el nivel social, se ve atacado por los que no transigen con la superioridad, aunque ésta se halle justificada por el talento ó por dotes poco comunes.

La humildad se eleva sin saberlo. No te arrastres como el caracol, porque anda entre fango y le dan con el pié; pero tampoco in-

tentes cruzar el espacio y remontarte como el águila caudal: tiende el vuelo hasta donde alcance la fuerza de tus alas.

No manches tu boca con la mentira, que por sencilla que parezca, es siempre pecado. La mentira es madre de la calumnia; ésta envilece al que la inventa y mata á la víctima que escoge como objeto de una venganza.

La venganza es mala pasión, impropia de almas nobles; perdona al que te ofende y humíllale con una buena acción; este sacrificio que el alma se impone es el carácter más distintivo de la bondad. La humillación del enemigo produce satisfacción; pero la venganza que satisface en el primer instante, deja después un remordimiento.

No guardes rencor á los que se opongan á tus deseos, valiéndose de torpes medios, y les harás comprender su bajeza, avergonzándose de su mala acción. La dignidad en el hombre es el arma terrible con que se hiere á los necios y á los presuntuosos que pretenden dominar el mundo, sin conocer su impotencia.

Abre las puertas de tu casa á los que te busquen, no niegues la mano más que á los malvados, socorre á los menesterosos, compadece la desgracia de los que se extravían, alaba lo bueno, proponiéndote imitarlo, no censures lo malo, mientras no te toque corregirlo, y no se levantará contra tí ese rumor que empieza en el umbral de tu morada y se exparte por la ciudad, sembrando el descrédito, injusto muchas veces, pero que siempre deja rastro difícil de borrar. La bondad es el escudo contra la maledicencia.

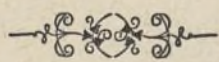
Nada hay más agradable que la simpatía pública; y ésta, hijo mío, no se adquiere sino á costa de sacrificios personales y con pruebas inequívocas de rectitud de proceder. En el campo de los afectos se siembra mucho para coger poco, porque hay que luchar contra la ingratitud; la ingratitud es la langosta social, pues se alimenta con el fruto ajeno, destruyendo y talando sin piedad.

Oirás decir en el mundo que el rostro es el espejo del alma, y es exacto el pensamiento. La bondad es uno de los caracteres de la virtud que mejor se reflejan en la cara. La bondad conquista mayores simpatías que la hermosura, porque aquella no exige más que respeto, mientras que ésta exige vasallaje. La bondad es un don: la hermosura es una dote; aquella es menos brillante, pero más duradera; ésta es menos común, pero más peligrosa. La primera llama á las puertas del alma; la segunda llama á las puertas del corazón.

La bondad con la hermosura es el bello ideal de los sentimientos.

En tu rostro infantil se retrata hoy la bondad. Consévala, hijo mío, en tu corazón, para que te sirva mañana de poderoso atractivo, á fin de conquistar y sostener el aprecio público, tesoro inestimable.

(Se continuará.)



Por conducto de nuestro querido colaborador y amigo D. Teodoro Guerrero, hemos recibido la carta y poesía que insertamos con mucho gusto á continuación para que sirva de estímulo á los jóvenes escolares:

Sr. D. Teodoro Guerrero.

MI DISTINGUIDO AMIGO Y COMPAÑERO: Tengo el gusto de acompañar á Vd. la poesía de que le hablé, compuesta y leída por un colegial de la Escuela Pía de San Anton en la festividad que hubo en aquel colegio el día 2^o del pasado, y confío en que, como me ofreció Vd., la insertará en la ILUSTRACION DE LOS NIÑOS.

Por ello le anticipa las gracias más expresivas su afectísimo amigo y compañero seguro servidor Q. B. S. M.,—Lorenzo Fernandez Villarubia.

A MIS COMPAÑEROS

Queridos compañeros:
rebose la alegría
hoy en la Escuela Pía,
gozad todos, gozad;
á recibir el lauro
de una conducta honrosa
venid, la aula dichosa
un día abandonad.

¿No os place el ver honrada
con esta concurrencia
la casa do la ciencia
nos hacen aprender?
¿No os place que entre todos
os llamen los mejores,
y de los profesores
el pláceme obtener?

Vuestros amantes padres,
que aquí os tienen gustosos,
al veros estudiosos,
¿cuánto no gozarán?
No pueden en su pecho
guardar tanta alegría,
y á todos de este día
noticia les darán.

Y cuando en vuestras casas
vean ese diploma
que vuestra mano toma
con un grande interés,
aquellos que os conozcan,
cobrándoos más cariño,
dirán: «Si eso es de niño,
¿qué no será después?»

Así veis en el foro
notables abogados
que aquí han sido educados
en su primera edad,
y á tantos como deben
á nuestra Escuela Pía
toda su gran valía
y su celebridad.

Si en este seminario
hombres han aprendido
que, andando el tiempo, han sido
gloria de la Nación,
nosotros, con fé viva,
el tiempo aprovechemos,
que algo conseguiremos
con nuestra aplicación.

Mas no el estudio sólo
nos da vida dichosa;
sin la virtud hermosa,
¿que fuera del saber?
Un suntuoso alcázar,
con lujo decorado,
si no está cimentado,
¿se puede sostener?

Sí, la virtud cristiana
y la sabiduría
ser deben nuestra guía,
unidas bien las dos:
tengamos ocupada
toda nuestra existencia;
la mente, con la ciencia;
el corazón, con Dios.

FELIPE GARCIA Y LOPEZ

R. Velasco, impresor, Rubio 20.